17) El progreso desde la teoría individualista a la social

La teoría individualista, como la llamaré en lo sucesivo en lugar de teleológico-individualista, traslada el fin de lo moral al individuo; la social, en lo cual también suprimiré en lo sucesivo igualmente el adjetivo teleológico, a la sociedad, o dicho según mi terminología: para aquél el sujeto del fin de lo moral es el individuo; para éste, la sociedad. Resumido en pocas palabras lo último dice: la existencia y el bienestar de la sociedad es el fin de todas las normas morales. Es el conocido aforismo que expresa Cicerón para el poder público: salus populi summa lex esto (de legib. III).

En tanto que la teoría social desaloja al individuo del lugar que había usurpado sin razón, y pone en el lugar la sociedad, es consciente de no dañar el derecho que el individuo está justificado para reclamar en relación con su destino moral, sino que, al contrario, puede jactarse de reconocerlo plenamente. La teoría social tiene espacio para el individuo, pero la individualista no lo tiene para la sociedad — el todo contiene la parte, la parte, que quiere existir para sí sola, excluye el todo. Si la parte se pone por finalidad su bienestar aislado, el todo puede sucumbir por ello; si el todo se pone por fin su bienestar, está dada con ello necesariamente la preocupación por el bienestar de la parte, pues el todo no puede estar sano si una parte está enferma.

Este es el primer balance de que puede vanagloriarse la teoría social en la comparación con la individualista. Es el importante principio: la sociedad está comprometida a cuidar de sus miembros. La teoría individualista no puede deducir esa obligación. El individuo que se pone a sí mismo como sujeto del fin, sólo se preocupa de los otros en tanto que lo exige la consideración de sí mismo; la obligación en favor de los demás sólo la puede deducir desde este punto de vista como efecto reflejo de la atención de sí mismo; termina donde cesa la última.

El segundo balance favorable de la teoría social sobre la teoría individualista consiste en el objetivo ideal de vida que prescribe al individuo y en el alto valor que reconoce a la existencia individual. Según la teoría individualista, toda la función del individuo gira simplemente en torno a sí mismo, es el átomo que se imagina poder existir para sí solo, cuya suma total de existencia por tanto, en el mejor de los casos, se reduce a haber

alcanzado para sí aquello que era alcanzable en ese aislamiento, es decir que se ha sentido a gusto en la tierra — es el sistema de la autosuficiencia ética y de la autocracia. La teoría social, en cambio, integra al individuo en la vida total, en el proceso de desarrollo de la humanidad. Tan sólo de esa manera recibe valor la vida humana, tan sólo así adquiere el individuo la certeza solemne de que no ha vivido en vano, de que ha proporcionado un tributo aun cuando sea insignificante a la obra de la humanidad.

El que haya podido sostenerse permanentemente en el terreno de la ciencia otra interpretación de lo moral que la interpretación social, apenas podría considerarse como posible, al menos cuando se piensa que no sólo había estimado perfectamente el destino social del hombre ya la filosofía griega (ζῶον πολιτικόν), sino que también el cristianismo ha readmitido y continuó formando aquel pensamiento de la vinculación social y del destino del hombre tanto teóricamente por medio de la doctrina del reino de Dios como prácticamente por medio de la formación real completamente nueva de la iglesia cristiana, calculada para toda la humanidad. Pero lo mismo que la sociedad se ve condenada en el dominio práctico de la vida siempre a la lucha eterna con el individuo, así ha tenido que soportar también siempre en la esfera teórica de la ética la resistencia y la rebelión del mismo contra su soberanía. Se podría decir que es la obstinación científica del individuo que se siente fin de si mismo, que no se quiere someter a las leyes que se la imponen desde fuera, por parte de la sociedad, que más bien no cree poder entenderse y reconciliarse con las mismas de otro modo que en tanto que intenta ganarlas y deducirlas desde sí mismo — el intento de hacer del yo el punto angular del orden moral del mundo. Como esta interpretación individualista se ha ensayado en la construcción del derecho y del Estado, donde experimentó en la teoría del derecho natural un período de breve esplendor científico y de pronta bancarrota, lo hemos advertido a menudo en el transcurso de nuestra obra. En este dominio, donde sólo se trata de la construcción científica del orden externo, se ha persuadido hace tiempo

de su incapacidad para crearlo desde su punto de vista, y ha iniciado el retroceso; en la esfera de la ética, en cambio, donde se trata de lo puramente interior de la convicción, se ha podido sostener más tiempo por esa razón, y todavía hasta hoy no ha sido expulsado el individualismo de este su último escondite. La función del presente y del futuro consiste en eliminarlo también de su último refugio y en poner en lugar de la ética individual la ética social.

Los rudimentos para ello son ciertamente, en general, tan antiguos como la ética. Pero es maravilloso cómo la visión individualista se ha podido sostener frente a la social no sólo teóricamente, sino que no ha vacilado siquiera en el fin de una asociación bastarda con ella. una prueba del poder irresistible de la verdad que, incluso en el período de la opinión del derecho natural, en la más alta floración del individualismo, la interpretación social rompe las barreras que la ética individualista le había opuesto teóricamente, en algunas manifestaciones que no armonizan en manera alguna con la última, al mismo tiempo también una prueba de que el espíritu humano puede albergar en sí contradicciones internas, y de lo poco que se ha ganado con la media verdad. El espectáculo que nos ofrece la ciencia aquí en su dominio, se parece al del sol que rompe el mar de nubes que le rodea con algunos rayos — son justamente sólo algunos rayos que no tienen persistencia.

Apelo para la prueba a tres de los escritores más importantes de los dos últimos siglos: Leibniz, Kant, Bentham.

Cuando busqué un lema para la teoría social, no encontré en toda la literatura ningún aforismo mejor que el de Leibniz (*): omne homnestum publice i. e. generi humano et mundo utile, homne turpe damnosum. En él está plenamente expresado el sistema del utilitarismo social, según pienso fundamentarlo en lo siguiente, y Leib-

^(*) Nova methodus discendae docendaeque jurisprudentiae § 76 (Opera omnia et Dutens IV, p. 214).

niz mismo no habría tenido necesidad de nada más para cimentar el sistema entero (*).

Pero el pensamiento aparece en él, como el rayo en la noche oscura, para desaparecer de nuevo inmediata-

La ética católica continúa construyendo sobre esa base. A la comunicación personal del mencionado crítico debo la mención de una obra que acaba de aparecer del padre Theodor Meyer: Institutiones juris naturalis seu Philosophiae moralis universae secundum principia S. Thomae Aquinatis. Pars. I. Jus naturale generale continens Ethicam generalem et jus sociale in genere, en la cual el autor también fija su posición con respecto a mi obra. Por mi parte no estoy ya en situación, por desgracia, le hacerlo con relación al escolasticismo medieval y a la ética católica actual y de recuperar lo perdido, pero si mi obra presente tuviere éxito, se habrá de mantener también que la ciencia protestante aprovecha la exigencia que puede experimentar por la teológico-católica — el que deja escapar las enseñanzas que puede recibir por medio de sus adversarios, se daña a sí mismo.

^(*) En la edición presente (2a.) hago un agregado al texto, que debo al examen de mi obra en el Literarischen Handweiser, primeramente por la Alemania católica, Maguncia, año 23, Nº 2. por W. Hohoff, capellán en Häffe, que me ha hecho llegar también personalmente algunas valiosas indicaciones sobre la literatura ética católica. El mismo me señala con citas de Tomás de Aquino que este gran espíritu había reconocido ya perfectamente el elemento práctico-realista y social de lo moral lo mismo que el histórico. El reproche de ignorancia que me hace por ello, no puedo rechazarlo, pero con gravitación mucho mayor que a mí alcanza a los filósofos modernos y a los teólogos protestantes que no han sabido aprovechar las grandiosas ideas de este hombre. Me pregunto asombrado cómo fue posible que tales verdades, una vez que han sido expresadas, hayan podido ser olvidadas tan completamente en nuestra ciencia protestante. ¡Cuántos extravíos se habría podido ahorrar si las hubiese tenido presente! Por mi parte quizás no hubiese escrito el libro entero de haberlas conocido, pues las ideas básicas que me interesaban se encuentran ya en aquel pensador vigoroso con claridad acabada y redacción notable. Doy al lector como prueba algunas de sus expresiones. "Firmiter nihil constat per rationem practicam, nisi per ordinationem ad ultimum finem qui est bonum commume.— In speculativis est eadem veritas apud omnes in operativis autem non est eadem veritas vel rectitudo practica apud omnes.— Humanae rationi naturale esse videtur, ut gradatim ab imperfecto ad perfectum veniat.— Ratio humana mutabilis est et imperfecta et ideo mutabilis est.— Finis humanae legis est utilitas hominum".

mente. Pertenece a aquellas intuiciones fenomenales del genio, que puede descubrir largamente de antemano los objetivos lejanos de la ciencia, que la última tan sólo puede alcanzar por el camino largo y laborioso de la investigación metódica — fenómenos meteóricos, pero que justamente por eso, porque son meteoros, pasan sin dejar rastros y desapercibidos ante los contemporáneos, y a los que tan sólo el investigador ulterior llama la atención, cuando la ciencia entretanto ha avanzado hasta el punto de tener ante sí en plena luz del día el objetivo. Para la ciencia de entonces y para Leibniz mismo, que, aunque uno de los mayores, fue sin embargo simplemente un hijo de su época, el pensamiento que expresaba era demasiado prematuro. Aparece en él en asociación con otras dos ideas, que hicieron imposible su pleno desarrollo, y transcribo ahora todo el pasaje del cual he tomado aquellas palabras, y que he dejado de lado intencionalmente más arriba, para no debilitar lo sorprendente del pensamiento. "Deus accedens effecit, ut quidquid publi-ce i. e. generi humano et mundo utile est, idem fiat etiam utile singulis, atque ita omne honestum sit utile et omne turpe damnosum".

Ahí tenemos los tres pensamientos siguientes sucesivos.

- 1. El enteramente exacto de la identidad de lo moral con lo útil social.
- 2. El inexacto de la identidad de lo útil social o general con lo útil individual. Ambos pueden descomponerse enteramente. La muerte por la patria es útil a la sociedad, pero no al individuo que la sufre. Aquí se tiene mezclados como en Bentham el utilitarismo objetivo y el subjetivo.

La atribución de lo moral a Dios, que lo ha organizado de tal modo que lo moral sea útil para la sociedad lo mismo que para el individuo. Existe ya allí el primer rudimento del pensamiento elaborado después por Leibniz de la armonía preestablecida del orden mundial. Lo moral no se funda a consecuencia de esta interpretación en el hecho que lo ha instalado la sociedad misma, por-

que lo experimentó como condición ineludible de vida, sino en el hecho que Dios ha dado la disposición positiva que sea útil a ella y al individuo — no es moral porque es útil, sino que es útil porque es moral.

En la conexión de estos pensamientos, el verdadero conocimiento de la identidad de lo moral con lo socialmente útil no podía dar más frutos para Leibniz mismoni para su tiempo.

No menos sorprendente es el reconocimiento de la significación social y de la definición de lo moral en Kant, en lo cual se asocia todavía el del desarrollo social de la misma, ciertamente no del todo, como lo enseña la teoría histórica de lo moral: igualmente el de las normas morales como de la voluntad social, sino el del orden moral exterior del mundo. Desde su punto de vista del imperativo categórico y de la razón innata, que es el del individuo, se podría decir, habría tenido que serle inaccesible lo mismo la sociedad que la historia. Pero con aquel insobornable amor a la verdad que le caracteriza, aquella abnegación que prefiere abandonar la propia teoría a rehusar la entrada a la verdad, aquel valor de la inconsecuencia, que constituye tanto en el obrar como en el pensar el signo distintivo de todas las naturalezas sanas con respecto a la insanas, supera Kant el obstáculo que la propia teoría le opone. Le dejo hablar con sus propias palabras, pues las últimas no son para mí solamente de valor en esta ocasión, sino que pienso referirme todavía a ellas en pasajes ulteriores (*).

"No es sólo un principio bien pensado y recomendable en la intención práctica, sino también a pesar de todos los incrédulos, consistente para la teoría estricta: que la especie humana ha estado siempre en el progreso hacia lo mejor, y así continuará en lo sucesivo; que si no se ve solamente lo que puede ocurrir en alguna manera,

^(*) Las siguientes citas son tomadas de la edición de sus obrascompletas por Rosenkrans y Schubert. Pertenecen a su ensayo Sobre el aforismo común: lo que puede ser exacto para la teoría pero no para la práctica (Vol. VII, sec. 1), de sus Ideas. para una historia general en intención civil mundial, y de su Disputa de las facultades (Vol. X).

sino también la difusión en todos los pueblos de la tierra, que poco a poco podrán participar en él, la perspectiva abre un futuro incalculable" (X, pág. 351). El rendimiento que dará el progreso al mejoramiento de la especie humana, no será "un tanto siempre creciente de la moralidad en el modo de pensar, sino aumento de los productos de su legalidad en las acciones obligadas, por cuyos resortes pueden ser también motivadas, es decir en los buenos hechos de los seres humanos, que serán cada vez más numerosos y mejores" (pág. 354). Cada cual es llamado por su parte a colaborar en la realización de lo moral en el mundo. "El carácter de la virtud se ocupa con algo real, lo que... coincide con lo mejor del mundo. Poner en él el más alto valor, no es una locura,... sino una contribución efectiva a lo mejor del mundo" (X, pág. 209). Este progreso hacia lo mejor "se extenderá finalmente también a los pueblos en la relación externa recíprocamente hasta la sociedad cosmopolita" (pág. 355). Ĉuando nos imaginamos un plan de la naturaleza, tenemos "la visión consoladora del futuro, en el que es presentada la especie humana en la lejanía, como se eleva finalmente sin embargo al estado en que todos los gérmenes que puso en ella la naturaleza, pueden ser desarrollados plenamente, y su destino puede ser cumplido aquí en la tierra" (VII, pág. 334). Lo contrario equivaldría a hacer de la historia una bufonada. "Es una visión extremadamente indigna, no quiero decir de una divinidad, sino incluso de la persona más común, pero bien pensada, ver a la especie humana dar pasos de período en período hacia la virtud y volver poco después a caer tan hondamente en el vicio y la miseria. Contemplar un tiempo esa tragedia, puede quizás ser con-movedor e instructivo; pero finalmente tiene que caer el telón. Pues a la larga se convierte en bufonada, y si los actores no se cansan, porque son necios, se cansa el espectador, que tiene bastante al llegar un acto o el otro, cuando puede deducir de ello con razón que la pieza que no termina nunca es una eterna monotonía" (id., pág. 222).

¿Por qué medio es realizado ese progreso? La respuesta que ofrece Kant es muy sorprendente. No por "un tanto siempre creciente de la moralidad en el sentimiento". "El progreso no dependerá tanto de lo que hacemos (por ejemplo de la educación que daremos al mundo joven) y del método que utilicemos para llevarlo a cabo, sino de lo que la naturaleza humana hará en nosotros y con nosotros, para forzarnos en unos carriles en los que no nos ajustaríamos fácilmente por nosotros mismos. Pues de ella o más bien (porque la suprema sabiduría es necesaria para el cumplimiento de ese fin) solamente de la providencia podemos esperar un éxito, que se aplica al todo y desde allí a las partes, ya que, al contrario, los seres humanos con sus proyectos toman su punto de partida de las partes, quedan sólo en ellas y sólo pueden extender al todo, como tal, que para ellos es demasiado grande, sus ideas, pero no su influencia" (VII, pág. 324).

Con ello tenemos nuevamente todo el individualismo de la interpretación ética kantiana, la confesión de que el imperativo categórico del deber, que sólo está dirigido a la parte, no al todo, no es capaz de crear el desarrollo social de lo moral, la providencia debe acudir en su ayuda. Pero un cierto apoyo encuentra la última, sin embargo, en el hombre mismo. Ciertamente, "no por la marcha de las cosas de abajo arriba, sino de arriba abajo" (la legalidad anterior en las acciones obligadas). Hay que esperar que, si los que rigen el universo sólo com-prenden su propia ventaja, "la ilustración, y con ella tam-bién una cierta participación del corazón, que el hombre instruído no puede menos de tomar en lo bueno, que comprende perfectamente, asciende cada vez más hacia los tronos e influye incluso en sus principios de gobierno" (VII, pág. 331). También a la opinión pública concede Kant una influencia considerable en el progreso. En cambio hay poco que esperar "de la instrucción de la juventud en el adoctrinamiento casero y en las escuelas, en la cultura espiritual y moral, fortalecida por la doctrina religiosa" para la educación para lo bueno (X, 356). El fundamento moral en la especie humana no aumentará en lo más mínimo como lo exigiría una especie de nueva creación (influencia sobrenatural) (pág. 455).

Las manifestaciones de Kant me servirán más adelante (teoría de la voluntad moral) para mostrar cuán lejos estaba todavía de la plena verdad, en esto en cambio para exponer en qué medida se había aproximado ya a ella. El objetivo final de todo lo moral lo tenía perfectamente claro en vista, pero no lo puede alcanzar desde su punto de vista; entre ambos se extiende un abismo que ninguna deducción puede atravesar. Pero su convicción de la necesidad de la persecución y de la posibilidad del logro de ese objetivo es tan firme que espera de la providencia lo que no es capaz de hacer la teoría. "El fundamento moral en la especie humana no será alterado en lo más mínimo, el monto de la moralidad en el sentimiento no crecerá" — con ello se aferra a su punto de partida. Es la teoría de la incultivabilidad de la voluntad, que ha tomado Schopenhauer de él y la agudizó de manera cruda, el rasgo básico de lo antihistórico, que es inseparable de la teoría individualista nativista (pág. 94). Pero en lo demás encuentra acceso sin embargo la historia. Los hechos se vuelven cada vez mejores, aunque el sentimiento no se altere, lo "mejor del mundo", el objetivo al que tiende todo el movimiento de la especie humana según el "plan de la naturaleza", es cada vez más realizado, la humanidad se encuentra en progreso permanente. Los medios que conducen a ello, son sólo exteriores: poder público, opinión pública, y con ello es también externo el resultado final de la evolución, en la relación objetiva el perfeccionamiento del orden externo, en la subjetiva lo meramente exterior de las acciones.

Así es, pues, sólo la media verdad la que irrumpe en Kant: media verdad en relación con la historia, que sólo tiene poder sobre lo externo, no sobre lo interior; media en lo concerniente a la sociedad, que recibe en verdad del individuo su "contribución al bien del mundo", pero sin ser reconocida ella misma como sujeto del fin de lo moral — son sólo los efectos reflejos del imperativo categórico calculado con vistas al individuo los que le benefician.

Un progreso en extremo importante lo hace el conocimiento del carácter social de lo moral con Bentham. En Alemania, bajo la influencia de la corriente especulativaideal, diametralmente opuesta a la tendencia prácticarealista de los ingleses, ha sido muy poco apreciado; corresponde entre nosotros al buen tono pasar sobre su teoría, como sobre la propuesta errónea de un diputado en la cámara, simplemente a la orden del día. ¡Con gran injusticia y para nuestro propio daño! Bentham no era sólo uno de los pensadores más independientes, más originales, que se hace pagar el estudio de sus escritos por la abundancia y la fuerza estimulante de sus pensamientos y por su sano sentido práctico y su mirada penetran-te en más alto grado que el estudio de los escritos de la mayor parte de sus adversarios que avanzan en zancos especulativos y agitan la oriflama del idealismo, sino que ha acrecentado también la ética con un aporte que en mi opinión no volverá a perderse. El pensamiento que ya apareció transitoriamente en Leibniz: "omne honestum publice utile, omne turpe publice damnosum", y que también Kant tenía presente en su "mejor del mundo", lo ha captado primeramente Bentham conscientemente y con plena claridad y lo ha elaborado con el nombre muy certero de utilitarismo en un sistema ético independiente (*). Pero por desgracia se asocia con esta idea perfectamente justa la completamente errónea que lo moral tiene que mantener subjetivamente ese carácter. "Para los partidarios del princípio de la utilidad, dice (vol. I, sección 1, cap. 1), la virtud es sólo un bien en consideración al placer vinculado a ella, el vicio sólo un mal en consideración al disgusto resultante de él"... Si los partidarios del principio de la utilidad encontrasen en el catálogo generalmente aceptado de las virtudes una acción que tuviese por consecuencia más disgusto que placer, no tendría ninguna consideración en declarar esa supuesta virtud como un vicio". Con ello es elevado lo útil subjetivo a la condición de medida y criterio de lo útil objetivo o social y la idea justa que había en la acentuación de lo último, es nuevamente abandonada, el uti-

^(*) La obra principal es: **Principios de legislación civil y penal**, editada por Dumont; edición alemana de F. E. Beneke, 2 vol., Berlín, 1880.

litarismo de Bentham desemboca en el eudemonismo. No es ningún milagro que, después de los golpes vigorosos que asestó Kant al eudemonismo, esta teoría de lo moral no pudiese hallar terreno propicio.

Pero en tanto que se tomó el error que Bentham había mezclado con la verdad, y que ha sido todavía en tiempos recientes refrescado por su compatriota Herbert Spencer, en la obra antes citada, de una manera que, como espero poder explicar en un lugar ulterior, le asestó el golpe de gracia, se dejó escapar los valiosos estímulos para el conocimiento de la verdad que se habrían podido tomar de Bentham.

Entre tanto los tiempos han cambiado. No es ya la voz de fácil eco del hombre de ciencia la que ofrece entrada para la teoría social, sino que es la masa apasionadamente excitada por las teorías socialistas la que golpea poderosamente a la puerta, que resuena ampliamente, y los que duermen son despertados asustados de sus sueños. En un pasaje anterior he expresado la convicción de que no es el pensamiento, sino el sufrimiento el que contiene el impulso más eficaz del progreso social. La presión de las instituciones hasta aquí tiene primero que haberse vuelto sensible, el abuso tiene que haber penetrado honda y dolorosamente en la carne viva, para que el ser humano sea sacudido y someta las condiciones existentes a una crítica. La presión del principio autoritario y corporativo en el Estado y en la iglesia ha suscitado en su tiempo la reacción del individualismo, tanto en la vida como en la ciencia. Fue la época de la rebelión del individuo contra el orden heredado, que primero comenzó dentro de la iglesia con la Reforma y continuó luego en la vida del Estado a través de las revoluciones y encontró su expresión científica en la teoría del derecho natural. Pero como el individualismo fue suscitado por una unilateralidad precedente, así también incurrió por su parte en la unilateralidad, para engendrar nuevamente otra. También en el socialismo se opone una exageración a la otra, y la sociedad tiene buen motivo para estar alerta ante él. Pero el error y la exageración de que se hace culpable, sólo serán combatidos por nosotros

reconociendo la verdad de que puede vanagloriarse. Hacer esto prácticamente, es tarea de la política y seguramente es una de las más difíciles que ha tenido que afrontar hasta aquí en el curso de la historia. Hacerlo científicamente, es tarea de las ciencias sociales y especialmente de la ética. En ambas direcciones caracteriza a nuestro tiempo el período de transformación. Lo que en la primera ha ocurrido ya y ocurre todavía, no corresponde aquí, pero en todo caso muestra qué enorme progreso se ha realizado en nuestras concepciones, cuando, como es el caso en Alemania actualmente, el poder de Estado se ha puesto por objetivo la realización de ideas cuya simple enunciación habría merecido hace unos decenios al teórico el reproche aniquilador de socialista. El gran hombre, al que debemos los alemanes el renacimiento político de nuestra patria, ha mostrado en esta dirección su visión penetrante de estadista y su conocida falta de prejuicios y su imperturbabilidad; también aquí ha sido él nuevamente el que se dispuso a abrir con puño de hierro la puerta por la que pasa el camino del porvenir

En comparación es fácil el trabajo que la teoría tiene que llevar a cabo, pero también debe hacerse. Mientras callo los meros asaltos que han tenido lugar en esta dirección, entre los cuales en primera línea podría mencionarse la ética del joven Fichte (Immanuel Hermann Fichte), System der Ethik, Leipzig, dos volúmenes, 1850-1853), sólo destaco aquella obra en que la teoría social, que yo sepa, entra en el terreno de la literatura por primera vez como sistema científico y bajo el nombre correspondiente de ética social (*). Es la obra del teólogo Alexander von Öttingen, de Dorpat, Die Moralstatistik und die christliche Sitttenlehre, Versuch einer Sozialethik

^(*) El nombre, ética social, ha sido en verdad utilizado por otros, pero no en el sentido de la ética total construída sobre la opinión social, sino que le sirve solamente para la designación de aquella parte de la misma que tiene por objeto la posición social del individuo, al que oponen entonces la ética individual. Así, por ejemplo, en el sistema de la ética del teólogo danés Martensen.

auf empirischer Grundlage (Erlangen, dos partes, 1858-74, parte primera, segunda edición 1874), una obra igualmente sobresaliente por la magnitud y la densidad del saber, por la plenitud de la materia que el autor reúne para sus fines desde los más distintos dominios, los menos próximos al teólogo, como por el espíritu filosófico, la claridad y la seguridad en la ejecución de las concepciones fundamentales y la exposición cálida e ingeniosa. Sin acercarnos en lo más mínimo al mérito del autor, que nadie puede reconocer más alegremente que yo, no puedo reprimir la observación que la tarea en todo su alcance, como yo la concibo, ni se la ha propuesto ni se la podía proponer como teólogo. Creo poder caracterizar nuestra relación brevemente diciendo que, de los tres problemas cardinales de la ética presentados más arriba, sólo intentó demostrar la exactitud de la interpretación social, el del fin de lo moral, mientras los otros dos quedan enteramente intactos; y también en relación con el segundo me ha dejado todavía bastante que hacer. No acentúo esto para poner de relieve mi propio mérito, sino sólo para comprobar que mi empresa no ha sido hecha superflua por su trabajo, lo que el experto sabrá también sin mi advertencia, pero que debía ser dicho al inexperto. Para alejar de mí toda apariencia de arrogancia, quiero confesar con gusto que soy bien consciente de lo insignificante que es mi mérito personal. He respirado el aire de mi época, sin haber sido capaz de registrar cada respiración; sólo sé que todo lo que puedo dar lo debo al tiempo en que vivo, y sólo me siento como el punto en que la materia mental de la época ha adquirido transitoriamente forma personal. La teoría históricosocial que quiero fundamentar, pendía madura del árbol de la época; para mí sólo bastaba cortar el fruto maduro, con lo cual ciertamente no se quiere decir que para ello sólo hacía falta extender la mano — sin escaleras y sin trepar no se habría realizado la operación.

¿No será rechazado el fruto que ofrezco por algunos como agusanado? Cuando pienso con qué resistencia ha tropezado simplemente el ensayo mantenido en límites modestos por Öttingen, puedo saber de antemano el destino reservado al mío. Otro problema es si mi teoría

136 Rudolf von Ihering

será refutada, y esto no podría ser tan fácil como censurarla.